

## REFLEXIONES DE KIERKEGAARD SOBRE LA OBSTINACION DE LA CONCIENCIA HERMETICA

Luis I. Guerrero M.  
Universidad Panamericana

*In addition to the three stages of existence, Kierkegaard presents other existential forms based on the category of consciousness. One of these is that in which the self obstinately prefers to despair instead of accepting an external/ foundation and therefore keeping a radical hermetism.*

Ordinariamente, cuando se presenta la antropología de Soren Kierkegaard se recurre a los tres estadios existenciales, el estético, el ético y el religioso<sup>1</sup> Estas formas corresponden lógicamente a la existencia que resuelve su yo por medio de Dios como fundante -estadio religioso-; o por la afirmación del propio yo, sustentándose en la razón -estadio ético-; o por medio de la búsqueda del propio yo a través de la sensibilidad -estadio estético-<sup>2</sup>

Sin embargo, se encuentra en las obras de Kierkegaard otro parámetro más radical para estudiar los estadios en que los hombres resuelven su propia existencia, basado en una de las categorías

---

<sup>1</sup> Por ejemplo E. Colomer escribe: "La pregunta que se le plantea ahora a Kierkegaard es clara: ¿cómo llegar a ser individuo?, o, equivalentemente, ¿cómo llegar a ser cristiano? La respuesta se encuentra, entre otras partes, en Estadios en el camino de la vida, una obra en la que Soren esboza las tres etapas o formas de vida, por las que pasa el hombre en vías de realización: los famosos estadios estético, ético y religioso". El pensamiento alemán de Kant a Heidegger. Tomo III, Herder, Barcelona, 1986, p. 61. Cfr. Post-scrptum. P. II. S. n. C. IV, n, A, 2. SV2 VII, 492 (L'Orante, XI, p. 188). De los escritos de Kierkegaard se han puesto las referencias de la edición danesa de las obras completas: Soren Klerkegaards Samlede Voeker. Preparada por A. B. Drachmann, J. L. Heiberg y H. O. Lange, Copenhague 1920-1936, 2a edición, impresa en 15 volúmenes. La edición usada en esta investigación es la versión francesa: Oeuvres Completes de Soren Klerkegaard, Editions de L'Orante, París 1966 sv., traducida del danés por Paul Henri Tisseau y por Else-Marie Jacquet-Tisseau, impresa en 20 volúmenes.

<sup>2</sup> Cfr. VON BALTHASAR: Gloria, 7 Vol. Encuentro, Madrid, 1985, p. 169.

más propias del espíritu que es la conciencia. Este parámetro está expuesto de manera sistemática en **La enfermedad mortal**. En realidad hay tres formas de existir que pueden distinguirse cualitativamente. La primera es la inconsciencia, el no caer en la cuenta de poseer un espíritu; en este sentido es irrelevante cualitativamente que la inconsciencia se alimente de lo estético, lo ético o de una religión mundanizada, en estos casos el hombre desconoce el significado de poseer un yo, no ha caído en la cuenta de que existe como individuo.

La segunda forma es la del existente que tiene conciencia de las repercusiones de poseer un yo y de la estructura dialéctica que su propio ser encierra, descubriendo que ninguna de las dos categorías -sensibilidad y racionalidad- en su gran gama de combinaciones puede devenir en un yo sólidamente fundado. Y sin embargo, no deseando que alguien externo a él lo fundamente. Este estadio exige un salto cualitativo, pues *"en general, la conciencia, es decir, la autoconciencia, siempre es lo decisivo en relación al yo. Cuanta más conciencia, más yo"*<sup>3</sup>.

La tercera forma consiste en un nuevo salto cualitativo, el de la fe, por el que el yo abandona sus asideros -la sensibilidad y la razón- y se abandona en Dios como fundante. *"¡En el mundo se habla muchísimo de las vidas desperdiciadas! Sin embargo, no hay más que una vida desperdiciada, la del hombre que vivió toda su vida engañado por las alegrías o cuidados de la vida; la del hombre que nunca se decidió con una decisión eterna a ser consciente en cuanto espíritu, en cuanto yo; o lo que es lo mismo, que nunca cayó en la cuenta ni sintió profundamente la impresión del hecho de la*

---

<sup>3</sup> La maladie a la mort. P. I. L. III. SV2 XI, 160 (L'Orante XVI, p. 187).

*existencia de Dios y que él, él mismo, su propio yo existía delante de este Dios, lo que representa una ganancia infinita que no se puede alcanzar si no es pasado por la desesperación*"<sup>4</sup>.

La obstinación de la conciencia hermética corresponde a la segunda forma de existir, como conciencia que rechaza toda posible ayuda externa.

Por lo general quien sufre tiene echada la vista sobre una o muchas de las maneras en que pudiera ser auxiliado y desearía serlo. Si se le auxilia de una de esas maneras no pone ningún reparo en que se le ayude. La cosa cambia cuando se trata de tener que ser socorrido en un sentido profundamente serio y sin ninguna condición, como es el caso de una ayuda superior o de la ayuda Suprema. Aquí hay que humillarse y recibir la ayuda sin reparo o condición, anonadándose en las manos del poderoso auxiliador a quien todo le es posible<sup>5</sup>.

Esto sería demasiado doloroso para el desesperado. Prefiere, so pretexto de ser sí mismo, quedarse solo con sus habituales sufrimientos, que son muchos y muy fuertes, pero que al yo en cuestión no le parecen tan intolerables como aquella humillación.

El hombre hermético no desea que nadie venga a hablarle acerca de su caso. Este hombre no confía a nadie los secretos íntimos de su propio yo<sup>6</sup>. No siente impulso comunicativo, o ha aprendido a dominarlo a la perfección y sólo se escucha a sí mismo hablando

---

<sup>4</sup> La maladie ... P. I. L. 11. SV2 XI, 158 (L'Orante XVI, p. 184).

<sup>5</sup> Cfr. La maladie ... P. I. L. III. C. 11,2. SV2 XI, 206 (L'Orante, XVI, p. 227).

<sup>6</sup> "Un endemoniado semejante. que concentra en SI todo lo que hay de espantoso en ese estado. responde ordinariamente de esta manera: 'Soy QS/: déjame en paz.'" Le concept d'angoisse, C. IV, 11, I. SV2 IV, 446 (L'Orante VII, p. 233).

sobre el particular<sup>7</sup>, está lo bastante herméticamente cerrado como para mantener lejos a cualquiera de los inoportunos que solazarían su curiosidad entrando en sus secretos personales<sup>8</sup>

En general, el impulso hacia la soledad siempre será un signo de que en el hombre hay en todo caso alguna espiritualidad y ese impulso representará la medida de la misma naturaleza del espíritu. Tanto en la Antigüedad como en la Edad Media se prestó mucha atención a este impulso hacia la soledad y se tenía un gran respeto por lo que significaba. *"En nuestro tiempo las cosas han cambiado muchísimo, pues el orden social establecido siente tanto espanto por la soledad que sólo sabe sacar partido de ella -lo que no deja de ser una enorme sátira- para castigo de los criminales. Claro que desde su punto de vista tiene bastante razón, pues en nuestros tiempos se considera como un verdadero crimen eso de tener espíritu, y por eso no está mal que semejantes tipos, los amantes de la soledad, vayan a compartir con los criminales comunes las celdas de la cárcel"*<sup>9</sup>.

La obstinación es complementaria del hermetismo, ya que ante la conciencia de la imposibilidad de que el yo pueda auto fundarse, el individuo **obstinadamente** desespera de que alguien salga en su ayuda o ve **obstinadamente** en esa ayuda un descamino del propio yo. Por eso, no existe ninguna desesperación que no entrañe obstinación o desafío. *"La misma expresión 'no querer ser... 'nos*

---

<sup>7</sup> "Pues el monólogo es precisamente su lenguaje, por lo cual se dice del reservado, cuando se le quiere caracterizar, que habla consigo mismo." Le concept... C. IV, I. SV2 IV, 436 (L'Orante VII, p. 225).

<sup>8</sup> Cfr. La maladie ... P. I. L. III. C. II, II, I, b. SV2 XI, 198 (L'Orante, XVI, p. 220).

<sup>9</sup> La maladie ... P. I. L. III. C. II, II, I, b. SV2 XI, 199 (L'Orante, XVI, p. 221).

*está indicando obstinación. Por otra parte, la suprema obstinación de una desesperación nunca deja de venir acompañada de cierta debilidad. En una palabra, que la diferencia mutua es sólo relativa*"<sup>10</sup>.

Tanto el hermetismo como la obstinación no tienen una representación extrínseca en las que se descubra, no hay nada externo que les corresponda, pues una correspondencia exterior respecto del hermetismo sería una flagrante contradicción. La correspondencia es la revelación. Todo signo exterior es aquí completamente indiferente. Lo único que se ha de custodiar a todo trance es ese hermetismo o interioridad. Sólo los hombres meramente inmediatos no pueden guardar nada secreto, pues todo yo que sea un poco reflexivo concibe perfectamente que al yo se le mantenga a raya<sup>11</sup>.

Cuando un hombre, teniendo lucidez sobre sí mismo, permanece hermético se hace patente la desesperación, por eso es imposible desesperar acerca de lo eterno sin tener una idea del propio yo, de que hay algo eterno en él, o de que él contiene en sí algo eterno<sup>12</sup> *"Y para desesperar uno por sí mismo es preciso que tenga conciencia de poseer un yo, que es por el que en realidad desespera y no precisamente por lo temporal o por alguna cosa temporal. Aquí se tiene un mayor conocimiento de lo que es la desesperación, ya que ésta consiste en la pérdida de lo eterno y de uno mismo"*<sup>13</sup>. Se tiene también mayor conciencia acerca de que el propio estado de uno es la desesperación.

---

<sup>10</sup> La maladie... P. I. L. m. c. II, II, I. SV2 XI, 182 (L'Orante, XVI, p. 206). Cfr.

La maladie ... P. I. L. I. C. m. SV2 XI, 150-151 (L'Orante, XVI, p. 178).

<sup>11</sup> Cfr. La maladie ... P. I. L. m. C. II, II, I, b. SV2 XI, 198 (L'Orante, XVI, p. 220).

<sup>12</sup> Cfr. La maladie ... P. I. L. m. C. II. SV2 XI, 180-181 (L'Orante, XVI, p. 205).

<sup>13</sup> La maladie ... P. I. L. m. C. II, II, I, b. SV2 XI, 196 (L'Orante, XVI, p. 219).

La obstinación en este estado de desesperación convierte en pérdida lo que era ganancia cualitativa; el que es consciente de estar desesperado y se mantiene en ese estado, está más lejos que nadie de la salvación, puesto que se afirma en ella.

La conciencia desesperadamente débil es aquella a la que le humilla su condición existencial, pero que no soporta la humillación de abandonarse en un tercero, por lo que no desea ser sí mismo. El yo no quiere reconocerse después de tanta debilidad<sup>14</sup>. No puede olvidar esa debilidad y por eso se odia en cierto sentido a sí mismo, no queriendo humillarse como un creyente bajo el peso de su propia debilidad y así poder conquistarse otra vez; este individuo débil, en su desesperación, no permite que le ayuden, porque no quiere saber nada de sí mismo. De poco le servirá el que intente olvidar, y aunque lo logre y con ayuda del olvido se meta en una vida sin ninguna espiritualidad.

Esta conciencia puede despertarse por un motivo meramente temporal<sup>15</sup> y ascender hasta el sentido de su propia existencia.

El yo que no quiere ser sí mismo, en su interior, estará de acuerdo con que en su actitud de hermetismo hay algo de soberbia, pero en seguida, impulsado por el enorme apasionamiento con que su yo se ha hecho a la idea de su debilidad, volverá otra vez a imaginarse que no es posible que aquello sea soberbia, puesto que en realidad está desesperado por su misma debilidad<sup>16</sup>

---

<sup>14</sup> Cfr. PIEPER, J.: Las virtudes fundamentales, Rialp, Madrid, 1980, p. 395.

<sup>15</sup> "Primero llega la desesperación por lo temporal o por alguna cosa temporal, después la desesperación en torno a lo eterno y por uno mismo." La maladie ... P. I. L. III. C. II, II, 2. SV2 XI, 202 (L'Orante, XVI, p. 223).

<sup>16</sup> Cfr. La maladie ... P. I. L. III. C. II, II, I, b. SV2 XI, 199 (L'Orante, XVI, p. 221).

La conciencia débil puede reaccionar de diversos modos; puede intentar perder su yo con el ruido de la mundanidad, puede también intentar reducir a la nada su yo eterno por medio del suicidio, o puede, por último, obstinadamente permanecer desesperadamente en su debilidad.

La reacción que ocurre ordinariamente, en virtud de la propia debilidad del espíritu es la de arrojarse de lleno a la vida de la mundanidad, quizá en la distracción de las grandes empresas, y por este camino llegue a ser uno de los espíritus inquietos que con su carrera fulgurante deje en la historia una gran huella de su existencia, *"uno de esos espíritus inquietos que quiere olvidar a todo trance y pretende acallar los fuertes ruidos interiores con medios no menos fuertes, aunque de otra clase, que los que empleaba Ricardo III para no oír las maldiciones de su madre"*<sup>17</sup>. O quizá busque olvidar, lanzándose a la vida de los sentidos, incluso al libertinaje, para de esa manera retornar desesperadamente a la inmediatez, pero siempre con la conciencia atenta al yo que él no quiere ser.

En **La enfermedad mortal**<sup>18</sup> y en **El concepto de la angustia**<sup>19</sup> Kierkegaard menciona el peligro del suicidio que acecha al hombre que conscientemente no desea ser sí mismo. Si bien por el suicidio el hombre no puede deshacerse de su yo eterno, el suicida confía en que aquello que manifiesta su espiritualidad -la desesperación- puede ser quitado a la par que la vida. El hombre taciturno puede llevar hasta el extremo su hermetismo, de tal modo que su única realidad sea su propio yo que no desea en absoluto, no pudiendo soportar su propia existencia.

---

<sup>17</sup> La maladie ... SV2 XI, 200 (L'Orante, XVI, p. 222).

<sup>18</sup> Cfr. P. I. L. II. C. II, I. SV2 XI, 179 (L'Orante, XVI, p. 204).

<sup>19</sup> Cfr. SV2 IV, 469 (L'Orante, VII, p. 254).

Los paganos, que desconocían el concepto espiritual del yo, juzgaban de manera ligera el suicidio, considerándolo como algo en cierta medida indiferente<sup>20</sup>; por eso, para desaconsejado desde esta perspectiva, *"habría que dar un rodeo muy largo con el fin de mostrar así que el suicida violaba los deberes que ligan a todo hombre con los demás hombres"*<sup>21</sup>. Sin embargo, si el suicida es consciente en cuanto espíritu *"representa uno de los pecados mayores que se pueden cometer, una verdadera rebeldía contra Dios"*<sup>22</sup>. Su maldad consiste en elegir radicalmente no ser-sustrayéndose de la temporalidad- a confiarse en el Poder que pudiera fundamentarlo<sup>23</sup>.

Aunque rara vez se presente la desesperación potenciada como pura obstinación de no querer ser sí mismo, puede suceder que el tipo de conciencia que nos ocupa permanezca plantada en el mismo punto de su desesperación, meramente dando vueltas como una peonza, *"desespera con todo de que no pueda devorarse a sí mismo, de que no pueda deshacerse de sí mismo y quedar reducido a nada"*<sup>24</sup>. Pero difícilmente alguien puede permanecer en ese estado, pues esto sería contrario a la debilidad<sup>25</sup>

Kierkegaard recurre a la distinción temperamental del sexo

---

<sup>20</sup> Cfr. SENECA: Epitres, XII en Oeuvres, Société d'edition "Les belles lettres", Paris, 1967.

<sup>21</sup> La maladie... P. I. L. III C. II, I. SV2 XI, 179 (L'Orante XVI, p. 204).

<sup>22</sup> La maladie... P. I. L. III. C. I. SV2 XI, 179 (L'Orante, XVI, pp. 203-204).

<sup>23</sup> Cfr. POLO, L.: Hegel y el posthegelianismo, Ediciones Universidad de Piura, Piura, 1985, p. 155.

<sup>24</sup> La maladie ... P. I. L. I. C. III. SV2 XI, 149 (L'Orante, XVI, p. 177).

<sup>25</sup> Cfr. PIEPER: Las virtudes..., p. 397.



-feminidad y virilidad<sup>26</sup>- y a la célebre tragedia de Prometeo<sup>27</sup> para ejemplificar la conciencia hermética.

La mujer que llega a ser consciente de lo que significa poseer un yo es más propensa, si no se abandona en un tercero, a la debilidad de no querer ser sí misma; ya que la esencia de la mujer es el abandono, la entrega, esto es lo propio de la feminidad. *"En la entrega se ha perdido la mujer a sí misma y solamente así es feliz, solamente así es ella misma; porque, desde luego, no tiene ni un adarme de feminidad la mujer que sea feliz sin el abandono, es decir, sin entregar su propio yo, por muchas que por otra parte sean las cosas que entregue"*<sup>28</sup> Por eso mismo la naturaleza la defiende en su acto de abandono al dotarla de una especial sensibilidad para saber discernir a quién se abandona. El abandono de la mujer en Dios puede ser, a su vez, en la mediación de su abandono en un hombre; el abandono en un hombre la impulsa a abandonarse en Dios y el abandono en Dios la mueve a abandonarse en un hombre, en ambos casos su tarea es salir de sí<sup>29</sup>.

En la tragedia presentada por Esquilo, Io, la hija de Inaco, representa la debilidad de la mujer, que desespera ante sus propios remordimientos y los infortunios de su vida. Dicen así sus patéticos lamentos:

---

<sup>26</sup> Cfr. La maladie... P. I. L. III. C. II, II, I, SV2 XI, 182-184 (L'Orante, XVI, p. 207 n.). "No pretendo negar en modo alguno que en la mujer puedan darse formas de desesperación masculina e, inversamente, que entre los varones se den formas de desesperación femenina; pero éstas son excepciones." La maladie ... SV2 XI, 183 (L'Orante, XVI, p. 207 n.)

<sup>27</sup> Cfr. La maladie... P. I. L. III. C. II, 2. SV2 XI, 205 (L'Orante, XVI, p. 226). Encuentro una gran similitud entre esta tragedia griega y el planteamiento de Kierkegaard en el capítulo La desesperación considerada bajo la categoría de conciencia de La maladie a la mon.

<sup>28</sup> La maladie... P. I. L. III. C. 11, n. 1. SV2 XI, 183 (L'Orante, XVI, p. 207 n.).

<sup>29</sup> Cfr. La mala die... SV2 XI, 183 (L'Orante, XVI, p. 207 n.).

*"¿Qué falta, oh hijo de Cronos, qué falta sorprendiste en mi: para uncirme a semejantes miserias? ¡ay, oh! ¿Qué encontraste para extenuar así a una pobre loca con el pavor que como un tábano la persigue? ¡Consúmeme con la llama de tu rayo! ¡Envíame a lo profundo de la tierra! ¡Entrégame como alimento a los monstruos marinos! ¡No me rehuses, oh rey Zeus, esto que te suplico! Tan largos caminos ya me han destrozado suficientemente y no encuentro cuál pueda ser el modo de escapar a mis desdichas"<sup>30</sup>.*

Los lamentos de lo alcanzan, en la tragedia, la más alta desesperación al desear suicidarse:

*"¿Entonces qué utilidad me viene de seguir viviendo? ¿Por qué tardo en arrojarme de este enhiesto monte? ¡Despeñándome me libraré de todos mis dolores! Mejor me está morir de una vez que sufrir miseria día por día!"<sup>31</sup>.*

El yo que desesperadamente quiere ser sí mismo sin permitir que Dios ni nadie venga en su ayuda -obstinación de la virilidad-, es la forma existencial más radicalmente opuesta a Dios como fundante; esta radicalidad se basa precisamente en que se le opone espiritualmente y por eso Kierkegaard le da el nombre de personalidad demoníaca<sup>32</sup> Quiere ser sí mismo no sólo de una manera desafiante y obs-

---

<sup>30</sup> ESQUILO: Obras completas. Prometeo encadenado, Tradición, México, 1975, p. 207

<sup>31</sup> ESQUILO: Obras completas..., p. 213.

<sup>32</sup> "La desesperación del diablo es la más intensa de todos, ya que el diablo es puro espíritu y por ello conciencia y transparencia absolutas; en el diablo no se da ninguna oscuridad que pueda servir de disculpa atenuante y por eso su desesperación es la más absoluta de todos". La maladie ... P. I. L. III. C. n. SV2 XI, 174 (L'Orante, XVI, p. 199).

tinada, sino que lo quiere ser haciendo hincapié con todas sus fuerzas en el desafío mismo, por obstinación quiere ser, "*desligando al yo de toda relación al Poder que lo fundamenta, o apartándolo de la idea de que tal Poder exista*"<sup>33</sup>. Quiere imponérsele, desafiándolo y permaneciendo vinculado a El en fuerza de malicia.

El comienzo de este camino, como ya se ha dicho anteriormente, puede ser que el yo haya llegado a chocar en un momento dado, en tanto que se orienta provisionalmente en la dirección de su yo concreto, con una que otra dificultad, con algo que los cristianos llamarían una cruz. Quizá la primera intención del yo negativo sea en este caso la de arrojar muy lejos esa cruz, haciendo como si no existiera y no mencionándola para nada. Pero en su fracaso este yo infinito y negativo se sentirá inevitablemente aherrojado en esa esclavitud<sup>34</sup>.

Este desesperado, que desesperadamente quiere ser sí mismo, no quiere abrigar la esperanza de que una miseria o cruz temporales puedan sernos quitadas. Se ha convencido de que llevará ese **aguijón** por toda la eternidad. Ese mal le ofrece la ocasión de escandalizarse de toda la existencia<sup>35</sup>. Quiere tercamente ser sí mismo y obstinándose contra el aguijón no quiere estar sin él. No le interesa buscar ayuda: prefiere ser sí mismo aun a costa de todos los tormentos del infierno<sup>36</sup>.

Un yo, que desesperadamente quiere ser sí mismo, está gimiendo bajo una que otra calamidad dolorosa, hasta que al fin es ya imposible eliminarla o separarla de su yo concreto. Así, todo está definitivamente perdido. Lo único que le queda es su propio tormento,

---

<sup>33</sup> La maladie ... P. I. L. III. C. n, n, 2. SV2 XI, 202 (L'Orante, XVI, p. 224).

<sup>34</sup> Cfr. La maladie ... SV2 XI, 205 (L'Orante, XVI, p. 226).

<sup>35</sup> Cfr. La maladie ... SV2 XI, 209 (L'Orante, XVI, p. 229).

<sup>36</sup> Cfr. JOURNET, Charles: El mal, Rialp, Madrid, 1965, p. 190.

devorándole y convirtiendo este sufrimiento en furia contra todo, al considerarse la víctima injusta del mundo entero y de toda la existencia<sup>37</sup> Por eso es importante para él que su tormento no se le escape o que nadie se lo quite pues de lo contrario no podría demostrar ni estar convencido de que tiene razón. Al fin tiene miedo de que la eternidad le vaya a arrebatar esa ventaja infinita que él goza con respecto a los demás hombres y que le pueda dejar sin la justificación de ser el que es. Todo esto entendido diabólicamente. Lo único que quiere es ser sí mismo. Lo que más le saca de quicio es la idea de que a la eternidad se le ocurriese sacado de su miseria<sup>38</sup>.

Cuanto mayor sea la conciencia que hay en este yo pasivo que desesperadamente quiere ser sí mismo, tanto mayor será también la potencia de la desesperación, hasta que termine convirtiéndose en algo demoníaco. *"Cuanto más se espiritualiza la desesperación, tanto más cae en la cuenta de una manera íntima y con una prudencia diabólica de los modos de que ha de echar mano para mantener a la desesperación completamente encerrada en el hermetismo más riguroso"*<sup>39</sup>. En consecuencia, puede también prestar más atención al hecho de colocar todos los signos exteriores en una plena indiferencia, haciéndolos tan insignificantes como sea posible.

Esta ocultez es algo espiritual y constituye uno de los medios más adecuados de asegurarse a espaldas de la realidad, algo así como un cercado o un mundo exclusivamente para uno mismo, un mundo en el que el yo desesperado y sin reposar, como Tántalo, siempre esté ocupado con esa tarea de querer ser sí mismo.

---

<sup>37</sup> Cfr. HOHLENBERG, J.: L'Oeuvre de Soren Kierkegaard. Le chemin du solitaire, Albin Michel, Paris, 1960, pp. 162-163.

<sup>38</sup> En este sentido Kierkegaard define a lo demoníaco como la angustia del bien. Cfr. Le concept. .. C. IV, II. SV2 IV, 431 (L'Orante VII, p. 220).

<sup>39</sup> La maladie •. P. I. L. III. C. II, II, 2. SV2 XI, 208 (L'Orante, XVI, p. 228).

Rebelándose contra toda la existencia, esta conciencia desesperada opina que ha descubierto un legítimo argumento contra ella y contra toda su bondad. Y el desesperado piensa que él mismo es dicho argumento y ése es todo su afán. *"Por eso desea ser sí mismo y encallarse en su propio tormento, para con ese tormento tan grande rechazar la existencia entera"*<sup>40</sup>.

Esquilo presenta en su **Prometeo encadenado** esta rebeldía del espíritu que se niega a escuchar los consejos de aquéllos que le piden que no sea altanero hacia los dioses. La actitud obstinada de Prometeo es la de apoyarse en sus propios padecimientos para injuriar a los dioses. Estos son los consejos que Océano le da a Prometeo:

*¡Todo lo contemplo, oh Prometeo! Y quiero darte el único consejo que en estas circunstancias conviene, por sabio que tú seas: concóctate a ti mismo y acomódate a lo que va sucediendo y adopta nuevas actitudes, pues al fin y al cabo es un rey nuevo el que ahora impera sobre los dioses. En cambio, si te muestras áspero y lanzas palabras molestas, quizá muy pronto lleguen a oídos de Zeus, aunque su trono esté muy arriba y muy lejano. Si sucede, la cólera que hoy te castiga vendrá un día a parecerte juego de niños. ¡Ea, pues! ¡Oh desdichado! Haz a un lado tu enojo y mejor date a buscar la liberación de los presentes tormentos. Quizá te parezca que no digo sino cosas de viejo. Pero, oh, Prometeo, tal es ahora el salario que recibes por usar*

---

<sup>40</sup> La maladie... SV2 XI, 209 (L'Orante, XVI, p. 229).

*de un lenguaje demasiado altanero. No eres humilde ni soportas los males, y aún procuras añadir a las presentes otras desdichas. Tómame como maestro y cesarás de dar coces contra el aguijón"<sup>41</sup>.*

Las palabras de Prometeo, a lo largo de toda la descripción que hace Esquilo, reflejan esa arrogancia de querer ser sí mismo, precisamente a costa del rechazo de la voluntad de los dioses:

*"¡Sábelo bien! No cambio yo mi desgracia por un rebajamiento como el tuyo que llega hasta la adoración. Porque tengo mejor servir a esta roca que verme como mensajero de Zeus, ese padre de los dioses. El único modo de responder a los orgullosos es demostrándoles orgullo. (...) Te seré franco: ¡aborrezco a todos los dioses! (...) Te imaginas quizá que en un buen día, atemorizado por las amenazas de Zeus, me tornaré en corazón de mujer e iré a suplicar a ése, el más aborrecido, con las palmas de mis manos femeninas vueltas hacia el cielo, que me desate las cadenas: ¡lejísimos estoy de eso!"<sup>42</sup>.*

El yo que quiere ser sí mismo no quiere oír nada acerca de la consolución que la eternidad pudiera tener guardada para él, porque ese consuelo representaría su ruina, en cuanto es la objeción contra toda la existencia. *"Lo que aquél quiere no es otra cosa sino desligar su yo del Poder que lo fundamenta. Pero en esto fracasa inevitablemente a pesar de toda su desesperación, porque a pesar de todos los esfuerzos de la desesperación aquel Poder es el más fuerte y le constriñe a ser el yo que él no quiere ser"*<sup>43</sup>. Esta desesperación entendida eternamente constituye la perdición.

<sup>41</sup> La maladie... SV2 XI, 209 (L'Orante, XVI, p. 229).

<sup>42</sup> ESQUILO: Obras rompietas... p. 221-222.

<sup>43</sup> La maladie... P. 1. L. 1. C. III. SV2 XI, 151 (L'Orante, XVI, p. 178).